

## Documento 10

### Paulo Freire, la concepción «bancaria» de la educación

Cuanto más analizamos las relaciones educador-educando dominantes en la escuela actual, en cualquiera de sus niveles (o fuera de ella), más nos convencemos de que estas relaciones presentan un carácter especial y determinante –el de ser relaciones de naturaleza fundamentalmente *narrativa, discursiva, disertante*.

Narración de contenidos que, por ello mismo, tienden a petrificarse o a transformarse en algo inerte, sean estos valores o dimensiones empíricas de la realidad. Narración o disertación que implica un sujeto –el que narra– y objetos pacientes, oyentes –los educandos.

Existe una especie de enfermedad de la narración. La tónica de la educación es preponderantemente esta, narrar, siempre narrar.

[...]

Es evidente que cuando Paulo Freire se refiere aquí a la «naturaleza fundamentalmente *narrativa, discursiva, disertante*» de las relaciones entre educador y educando, se refiere, antes que nada, a lo que nosotros denominamos «clase magistral».

La narración, cuyo sujeto es el educador, conduce a los educandos a la memorización mecánica del contenido narrado. Más aún, la narración los transforma en «vasijas», en recipientes que deben ser «llenados» por el educador. Cuanto más vaya llenando los recipientes con sus «depósitos» tanto mejor educador será. Cuando más se dejen «llenar» dócilmente, tanto mejor educandos serán.

De este modo, la educación se transforma en un acto de depositar en el cual los educandos son los depositarios y el educador quien deposita.

En vez de comunicarse, el educador hace comunicados y depósitos que los educandos, meras incidencias, reciben pacientemente, memorizan y repiten. Tal es la concepción «bancaria» de la educación, en que el único margen de acción que se ofrece a los educandos es el de recibir los depósitos, guardarlos y archivarlos. Margen que solo les permite ser coleccionistas o carpetas de cosas que archivan.

En el fondo, los grandes archivados en esta práctica equivocada de la educación (en la mejor de las hipótesis) son los propios hombres. Archivados ya que, al margen de la búsqueda, al margen de la praxis, los hombres no pueden ser. Educadores y educandos se archivan en la medida en que, en esta visión distorsionada de la educación, no existe creatividad alguna, no existe transformación, ni saber. Sólo existe saber en la invención, en la reinención, en la búsqueda inquieta, impaciente, permanente que los hombres realizan en

Quizá cabría añadir por nuestra cuenta, dado que Freire no lo hace, que algunas de las justificaciones que suelen hacerse más a menudo sobre la educación «bancaria» recaen en un tópico asimismo «bancario»: la creencia en que esos contenidos que se «depositan» por parte de los educadores en la cabeza de los educandos no dan réditos inmediatos, pero sí se espera que, como sucede al realizar un depósito en una cuenta de interés a plazo fijo, den beneficios y florezcan en el futuro. Creo que sabemos que luego no sucede así.

el mundo, con el mundo y con los otros. Búsqueda que es también esperanzada.

En la visión «bancaria» de la educación, el «saber», el conocimiento, es una donación de aquellos que se juzgan sabios a los que juzgan ignorantes. Donación que se basa en una de las manifestaciones instrumentales de la ideología de la opresión: la absolutización de la ignorancia, que constituye lo que llamamos alienación de la ignorancia, según la cual esta se encuentra siempre en el otro.

El educador que aliena la ignorancia se mantiene en posiciones fijas, invariables. Será siempre el que sabe, en tanto los educandos serán siempre los que no saben. La rigidez de estas posiciones niega a la educación y al conocimiento como procesos de búsqueda.

El educador se enfrenta a los educandos como su antinomia necesaria. Reconoce la razón de su existencia en la absolutización de la ignorancia de estos últimos. Los educandos, alienados a su vez, a la manera del esclavo en la dialéctica hegeliana, reconocen en su ignorancia la razón de la existencia del educador pero no llegan, ni siquiera en la forma del esclavo en la dialéctica mencionada, a descubrirse como educadores del educador.

En verdad, como analizaremos más adelante, la razón de ser de la educación libertadora radica en su impulso inicial conciliador. La educación debe comenzar por la superación de la contradicción educador-educando. Debe fundarse en la conciliación de sus polos,

En *Pedagogía del oprimido*, tal imagen dialéctica del amo y el esclavo parece estar muy presente: «Uno de los elementos básicos en la mediación opresores-oprimidos es la *prescripción*. Toda prescripción es la imposición de una conciencia a otra. De ahí el sentido alienante de las prescripciones que transforman a la conciencia receptora en lo que hemos denominado como conciencia "que alberga" la conciencia opresora» (p. 35)

Freire se refiere en este párrafo a la dialéctica del amo y el esclavo, que el filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) desarrolla en *La fenomenología del espíritu* (1807). Para Hegel, el esclavo renuncia a su voluntad para satisfacer la voluntad de dominación del amo, quien a su vez existe en la medida en que es reconocido por el esclavo.

de tal manera que ambos se hagan, simultáneamente, educadores y educandos.

En la concepción «bancaria» que estamos criticando, para la cual la educación es el acto de depositar, de transferir, de transmitir valores y conocimientos, no se verifica, ni puede verificarse, esta superación. Por el contrario, al reflejar la sociedad opresora, siendo una dimensión de la «cultura del silencio», la «educación bancaria» mantiene y estimula la contradicción.

De ahí que ocurra en ella que:

- a) el educador es siempre quien educa; el educando, el que es educado;
- b) el educador es quien sabe; los educandos quienes no saben;
- c) el educador es quien piensa, el sujeto del proceso; los educandos son los objetos pensados;
- d) el educador es quien habla; los educandos quienes escuchan dócilmente;
- e) el educador es quien disciplina; los educandos los disciplinados;
- f) el educador es quien opta y prescribe su opción; los educandos quienes siguen la prescripción;
- g) el educador es quien actúa; los educandos son aquellos que tienen la ilusión de que actúan en la actuación del educador;
- h) el educador es quien escoge el contenido programático; los educandos, a quienes jamás se escucha, se acomodan a él;

- i) el educador identifica la autoridad del saber con su autoridad funcional, la que opone antagónicamente a la libertad de los educandos. Son estos quienes deben adaptarse a las determinaciones de aquel;
- j) finalmente, el educador es el sujeto del proceso; los educandos, meros objetos.

Si el educador es quien sabe, y si los educandos son los ignorantes, le cabe, entonces, al primero, dar, entregar, llevar, transmitir su saber a los segundos. Saber que deja de ser un saber de «experiencia realizada» para ser el saber de experiencia narrada o transmitida.

No es de extrañar, pues, que en esta visión «bancaria» de la educación, los hombres sean vistos como seres de la adaptación, del ajuste. Cuanto más se ejerciten los educandos en el archivo de los depósitos que les son hechos, tanto menos desarrollarán en sí la conciencia crítica de la cual resultaría su intersección en el mundo, como transformadores de él. Como sujetos del mismo.

Cuanto más se le imponga pasividad, tanto más ingenuamente tenderán a adaptarse al mundo en lugar de transformar, tanto más tienden a adaptarse a la realidad parcializada en los depósitos recibidos.

Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*, 2ª ed., Madrid, Siglo XXI, 2012, pp. 61-64

Traducción de Jorge Mellado

Notas al margen del profesor

*Pedagogía del oprimido*, que Freire insiste no debe entenderse como pedagogía para el oprimido, apareció en 1970. Es un libro que pone el énfasis en el carácter emancipatorio o libertador de la educación, así como –en la mejor tradición socrática– en su naturaleza dialógica, según la cual educador y educando se educan mutuamente (por eso, en todo caso, *Pedagogía del oprimido* expone un programa llevado a cabo con el oprimido). Freire estableció en Brasil un programa de campos de alfabetización destinado a los campesinos, lo que le valió persecución y exilio tras el golpe militar dado en el país en 1964.